

PRÓLOGO POR EL OBISPO EMÉRITO SAMUEL RUIZ GARCÍA

JOHANN CHRISTOPH ARNOLD



EN BUSCA DE PAZ

APUNTES Y
CONVERSACIONES
EN EL
CAMINO

En Busca de Paz

APUNTES Y CONVERSACIONES EN EL CAMINO

Johann Christoph Arnold

COMPARTA ESTE LIBRO ELECTRÓNICO CON sus amigos. Envíelo por e-mail o haga una impresión parcial o completa, pero rogamos no introducir modificación alguna. En el caso de que desee obtener copias múltiples o reimprimir partes del texto en un boletín o periódico, tenga a bien de atenerse a las siguientes restricciones:

- No se permite la reproducción de ningún material con fines lucrativos.
- Debe incluirse la siguiente advertencia: “Copyright 2007 por Plough Publishing House. Usado con permiso.”

Este libro electrónico es una publicación de Plough Publishing House, Farmington, PA 15437 USA (www.plough.com) y Robertsbridge, East Sussex, TN32 5DR, UK (www.ploughbooks.co.uk)

*Copyright © 2007 by Plough Publishing House
Farmington, PA 15437 USA*

All Rights Reserved

Índice de materias

I. BUSCANDO LA PAZ

Buscando la paz	2
-----------------------	---

II SIGNIFICADOS

Significados.....	7
La paz como ausencia de guerra	9
La paz en la biblia	12
La paz como causa social	14
La paz en la vida personal.....	16
La paz de dios	20
La que Sobrepasa el entendimiento	22

III. PARADOJAS

Paradojas	25
No la paz, sino la espada	26
La violencia del amor	31
No hay vida sin muerte	36
La sabiduria de los necios	43
La fuerza de la debilidad.....	48

IV. PUNTOS DE APOYO

Puntos de apoyo.....	55
Sencillez.....	61
Silencio	65
Entrega	71

Oración	80
Confianza	88
Perdón	96
Gratitud.....	101
Honradez.....	108
Humildad	115
Obediencia.....	122
Decisión.....	128
Arrepentimiento.....	134
Convicción	142
Realismo	150
Servicio	157

V. LA VIDA ABUNDANTE

La vida abundante	165
Seguridad.....	173
Entereza	180
Alegría	186
Acción.....	192
Justicia	199
Esperanza.....	209
Acerca del traductor	215

I. Buscando la paz

En tiempos malos lo que nos queda es la esperanza.

R E F R Á N I R L A N D É S

Buscando la paz

VIVIMOS EN UN MUNDO sin paz. Se habla constantemente de paz, pero la hay muy poca. Tan poca que cuando hablé con un amigo íntimo sobre este libro, él insinuó que escribir sobre ese tema era no sólo ingenuo sino hasta un tanto perverso.

Nadie negará que la violencia afecta la vida pública en el globo entero, desde lugares candentes como Chiapas, Irlanda del Norte, Timor Oriental, Iraq e Israel/Palestina hasta las calles de nuestras decrepitas ciudades americanas. También en la vida personal, aún en las zonas residenciales más tranquilas, la falta de paz está a la orden del día: en la violencia doméstica, en las adicciones dañinas y en las destructivas tensiones que fragmentan nuestras empresas, escuelas e iglesias.

La violencia se esconde detrás de las fachadas más respetables en nuestra sociedad. Se encuentra en las turbinas de la avaricia y del engaño, de la injusticia racial y económica que impelen a nuestras instituciones financieras y culturales. Se encuentra en la infidelidad que puede corroer hasta al mejor de los matrimonios “cristianos”. Se encuentra en la hipocresía que insensibiliza la vida espiritual y le roba credibilidad a las más devotas expresiones de la religión.

Desde el punto de vista puramente humano, puede parecer de mal gusto escribir un libro sobre la paz. Sin embargo, la ausencia de paz clama al cielo. La paz es uno de los anhelos más profundos del corazón. Llámesele como

II Significados

Sólo cuando hayas logrado la paz en tu fuero interno, podrás hacer la paz en el mundo.

R A B Í S I M C H A B U N I M

Significados

EL LENGUAJE DE LA paz inunda nuestra cultura: impreso en las tarjetas de Navidad, inscrito en los marcapáginas, grabado en los carteles, bordado en las toallas—lo vemos por doquier. Y también lo oímos: tan trilladas son frases como “paz y buena voluntad” que han sido reducidas a expresiones triviales, a lugares comunes. En la correspondencia, muchos terminamos nuestras cartas personales con “Paz”. A otro nivel, los gobiernos y los medios de comunicación hablan de “fuerzas pacificadoras” armadas hasta los dientes, y destacados en zonas desgarradas por la guerra. En las iglesias, ministros y sacerdotes concluyen los servicios con un “Vayan en paz”, que aunque sea una bendición, a menudo suena más bien como una despedida—hasta el próximo domingo.

Muhammad Salem Agwa, destacado imán (maestro islámico) de la ciudad de Nueva York, señala que los musulmanes se saludan con las palabras *Salaam alaikum*. Sin embargo, dice que entre ellos también, tanto se usa el saludo de paz que se ha convertido en un hábito, y al caer en él, la responsabilidad mutua que ese hábito significa no se tiene muy en cuenta: “Yo uso *Salaam alaikum* como un saludo diario, pero no significa solamente ‘Buenos días’ o ‘Buenas tardes’. Significa más: ‘La paz y bendición de Dios sean contigo’. Cuando digo esto, siento que tú estás en paz conmigo y yo contigo. Te estoy ofreciendo una mano de ayuda. Vengo a darte la paz. Y, mientras tanto, hasta que nos volvamos a ver, significa que le ruego a Dios que te bendiga, que tenga misericordia de ti y fortalezca mi relación fraternal contigo”.

La paz como ausencia de guerra

PARA MUCHOS LA PAZ significa seguridad nacional, estabilidad, el orden público. La asocian con educación, cultura, deber cívico, salud y prosperidad, comodidad y tranquilidad. Es la buena vida. Ahora bien, ¿pueden todos compartir una paz que se funde en eso y en nada más? Si para unos pocos privilegiados la buena vida significa opciones ilimitadas y consumo excesivo, los demás, lógicamente, tienen por lo tanto que trabajar como esclavos y sufrir una pobreza agobiadora. ¿Se le puede llamar paz a eso?

En vísperas de la Segunda Guerra Mundial mi abuelo, Eberhard Arnold, escribió lo siguiente:

¿Es suficiente el pacifismo? No creo que sea suficiente. Cuando bajo el nuevo gobierno de Hitler han matado a más de mil personas injustamente, sin juicio, ¿no es eso ya guerra?

Cuando en los campos de concentración les han robado la libertad y despojado de toda dignidad humana a centenares de miles de personas, ¿no es guerra eso?

Cuando en Asia millones de personas mueren de hambre mientras en Norteamérica y otros lugares se almacenan millones de toneladas de trigo, ¿no es guerra eso?

Cuando miles de mujeres prostituyen sus cuerpos y arruinan sus vidas por el dinero, cuando millones de abortos ocurren cada año, ¿no es guerra eso?

Cuando hombres y mujeres y niños se ven obligados a trabajar como esclavos para a duras penas proveer de leche y pan a sus hijos, ¿no es guerra

La paz en la biblia

UNA MANERA DE EXAMINAR los significados más profundos de la paz es ver lo que dice la Biblia al respecto. Tal vez el Antiguo Testamento no tenga concepto más rico en significado que el de *shalom*, la palabra hebrea para “paz”, difícil de traducir debido a la profundidad y amplitud de sus connotaciones. No se limita a un solo significado, puesto que también podría traducirse como plenitud, solidez o integridad. Se extiende mucho más allá de lo que comúnmente entendemos por la palabra “paz”.

Shalom significa el fin de la guerra y del conflicto, pero también significa amistad, bienestar, seguridad y salud, prosperidad, abundancia, tranquilidad, armonía con la naturaleza, y hasta salvación. Y significa estas cosas para todos, no sólo para unos pocos electos. En última instancia, *shalom* es una bendición, un don de Dios. No es un intento humano. Se aplica al estado del individuo pero también a las relaciones interpersonales e internacionales, y entre Dios y el ser humano. Además, *shalom* está íntimamente ligado a la justicia porque es el disfrute o celebración de relaciones humanas que de injustas han sido transformadas en justas.

Howard Goeringer, en su libro *He Is Our Peace* (Él es nuestra paz), ilustra un significado aún más radical de *shalom*: el amor al enemigo.

En el año 587 a. C. el ejército babilonio invadió Judea y se llevó rehenes de Jerusalén al exilio. Bajo esas circunstancias difíciles fue que Jeremías escribió estas palabras extraordinarias: “Buscad el shalom de la ciudad donde os he

La paz como causa social

EL MUNDO ESTÁ LLENO de activistas que luchan por buenas causas: defienden el medio ambiente y a los desamparados, denuncian la guerra y la injusticia social, luchan por las mujeres maltratadas y las minorías oprimidas, etc., etc. En los años sesenta, marchamos con Martin Luther King, junto a mucha gente de diversas afiliaciones religiosas. Ahora, cuarenta años más tarde, muchos hacen suya la lucha por la abolición de la pena de muerte, causa con la cual mi propia comunidad está profundamente comprometida y que, en su sentido más amplio, es una lucha contra las injusticias del sistema judicial estadounidense. Tanto en el ambiente local como en los casos de prisioneros políticos cuya fama ya es internacional, nos hemos topado con horrores que demuestran que la política de “orden público” tiene más que ver con la violencia y el temor que con la paz.

He conocido a mucha gente en tales movimientos, personas muy dedicadas, hombres y mujeres cuyo mérito no pongo en duda. Sin embargo, es penoso observar la fragmentación que marca la vida de tantos luchadores por la paz y la justicia, y las diferencias que a menudo les llevan a reñir entre sí.

Varios pensamientos afloran a la mente cuando recordamos los años sesenta, época en la que abundaron los llamados *peaceniks* (aficionados de la paz). El profundo deseo de los admiradores de los Beatles cuando cantaban una y otra vez: “*Give peace a chance!*” (¡Pon a prueba la paz!) era auténticamente espiritual. Que no se menosprecie.

La paz en la vida personal

SYLVIA BEELS VINO A nuestra comunidad cuando joven; hoy es una noventa y una. Vino de Londres justo antes de estallar la Segunda Guerra Mundial. En su juventud, el movimiento pacifista se oponía a la guerra pero no a la injusticia social. Eso, me dice, la dejó insatisfecha y le hizo anhelar algo más.

Cuando tenía nueve años vi una película de guerra que me horrorizó, y desde entonces supe que nunca podría ver la guerra como algo bueno, no importa cuán buena fuera la causa.

Después de casarnos, mi esposo, Raymond, y yo nos hicimos miembros del “Club de Libros de Izquierda” y leímos todos sus libros. Nos reuníamos regularmente con un grupo de amigos para discutir esos libros. Buscamos y buscamos para dar con una salida del laberinto de ideas humanas—la guerra, la paz, la política, la moralidad convencional versus el amor libre, etc.—pero no adelantamos ni un paso en el camino hacia una sociedad pacífica y justa.

Luego, durante el largo y difícil parto que tuvo al dar luz a su primera hija, Sylvia se dio cuenta de que su vida personal estaba marcada por los mismos problemas que acosaban a la sociedad. Tenía por delante una prometedora carrera en el campo de la música, pero su matrimonio estaba en ruinas y su mente turbada. En ese instante decidió que antes de poder contribuir en algo a la paz mundial, tenía que encontrar la paz consigo misma y con los demás.

Maureen Burn, una anciana de mi comunidad, llegó a la misma conclusión después de ser, por años, activista en contra de la guerra. Tenía dinero, conex-

La paz de dios

LA VERDADERA PAZ NO es mera causa noble que cualquiera puede hacer suya y dedicarse a ella con buenas intenciones. Tampoco es algo que se puede poseer o comprar. La paz presupone lucha. Se le encuentra al asumir las batallas fundamentales de la vida: la de la vida contra la muerte, la del bien contra el mal, la de la verdad contra la mentira. Sí, es un don, pero también es resultado del más intenso esfuerzo. De hecho, varios versículos de los Salmos nos dan a entender que es en el mismo proceso de esforzarse por la paz que se la encuentra. Esa paz es el resultado de arrostrar y vencer, no de evitar, el conflicto. Y como está arraigada en la justicia, la paz genuina—la paz de Dios—deshace las relaciones falsas, altera los sistemas injustos y desenmascara las mentiras que prometen una paz ilusoria. Arranca las semillas de todo lo que estorba la verdadera paz.

La paz de Dios no incluye automáticamente la tranquilidad interior, ni la ausencia de conflictos u otras ideas mundanas de lo que constituye paz. Como podemos ver en la vida de Jesucristo, fue precisamente por haber rechazado al mundo y la paz que da el mundo, que Él, Cristo, estableció la paz perfecta que Él da, una paz arraigada en su aceptación del más angustioso autosacrificio imaginable: la muerte en la cruz.

Esto es algo que, hoy en día, muchos de los que nos llamamos cristianos hemos olvidado o bien no queremos ver. Queremos la paz, pero la queremos bajo nuestras condiciones. Queremos una paz cómoda. Pero la paz no puede

La que Sobrepasa el entendimiento

QUIZÁS LES RESULTARÍA ÚTIL a algunos lectores que yo prosiguiera a examinar varias interpretaciones de lo que es la paz—a investigar si se trata de un proceso o de un estado de ánimo. Otros tal vez quisieran saber exactamente de qué estoy hablando cuando digo que la gente busca la paz. ¿Busca con otros? ¿Anhela confiar y amar, tener esperanza en algo más que jubilarse? ¿O es algo completamente diferente? En una palabra, ¿qué es la paz? En uno de los libros de mi abuelo encontré un pensamiento que me ha sido muy útil. Habla de una paz triple: la paz interior del alma con Dios; la realización de la no-violencia mediante las relaciones pacíficas con los demás, y, por último, el establecimiento de un orden social justo y pacífico.

En fin de cuentas, importa poco saber cuál es la mejor definición porque puede que no nos ayude a encontrar la paz. Para comprender el significado de paz tenemos que experimentarla como una realidad práctica, no sólo como algo en la mente o en el corazón, sino en la vida diaria.

Escribe Sadhu Sundar Singh, un místico cristiano de la India que vivió a fines del siglo diecinueve:

El secreto y la realidad de una vida feliz en Dios sólo pueden entenderse si uno mismo la ha recibido, vivido y experimentado. Si tratamos de entenderla únicamente por medio del intelecto, veremos que nuestros esfuerzos son inútiles.

Cierto científico tenía un pájaro en la mano. Viendo que tenía vida, quiso indagar en qué parte de su cuerpo radicaba la vida del pájaro y comenzó

III. Paradojas

Soy un soldado de Cristo; no puedo pelear.

SAN MARTÍN DE TOURS

Paradojas

YA HEMOS VISTO QUE el anhelo por la paz es un ansia profunda y universal. Sin embargo, es muy difícil definirlo. Esto es lo que sucede con la mayoría de las cosas del espíritu. Elías Chacour, un sacerdote palestino y buen amigo mío, comenta sobre esto en su libro *Blood Brothers* (Hermanos de sangre). Al hablar de las grandes religiones orientales, señala que sus pensadores (a diferencia de los de nuestra cultura occidental) se sienten cómodos con las paradojas y están dispuestos a aceptarlas y tolerarlas en vez de descartarlas.

Cualquiera que haya leído los evangelios sabe como Jesucristo usaba paradojas y parábolas para ilustrar verdades profundas. Podrán parecer contradictorias a la mente racional, pero precisamente por eso nos obligan a contemplar esas verdades con nuevos ojos.

Con tales pensamientos en mente he escrito las secciones siguientes, cada una de las cuales provee un punto de partida hacia un entendimiento más profundo de la paz.

No la paz, sino la espada

No penséis que he venido para traer paz a la tierra. No he venido para traer paz, sino espada. Sí, he venido para enfrentar al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra; y enemigos de cada cual serán los que conviven con él. Él que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; él que ama a su hijo o hija más que a mí, no es digno de mí.

J E S Ú S D E N A Z A R E T

CUANDO MATEO INCLUYÓ ESTAS palabras de Jesús en el décimo capítulo de su evangelio, les dio a generaciones de cristianos un argumento favorito con el cual defender el uso de la fuerza en el trato con otras personas. Pero, ¿qué es lo que Jesús realmente quería decir? Seguramente no podía haber querido justificar o promover la violencia armada. Aun cuando echó a los mercaderes del templo con un látigo, reprendió más tarde a Pedro por cortarle la oreja a un soldado y dijo: "...porque todos los que empuñen espada, a espada perecerán". Y, hasta su último aliento en la cruz, estas palabras suyas reflejaron todos sus actos: "Así que en todo traten ustedes a los demás tal y como quieren que ellos los traten a ustedes".

Para mí, está claro que la espada a la que se refería Jesús no tiene nada que ver con arma de guerra. En sus epístolas, el apóstol Pablo señala la diferencia entre la espada del Espíritu por un lado y la espada de la autoridad gubernamental por el otro, que llaman también espada temporal o de la ira de Dios.

La violencia del amor

SI LA PAZ GENUINA exige guerra, entonces también exige sangre, y no solamente en el sentido figurado. Jesucristo nos prohíbe usar la fuerza contra los demás, pero claramente exige que estemos dispuestos a sufrir a manos de otros. Según nos dice el Nuevo Testamento, Él mismo “compró nuestra paz con su sangre” y, a través de los siglos, miles de hombres y mujeres han seguido su ejemplo y sacrificado voluntariamente la vida por la fe.

Una de las cosas más difíciles de explicar es lo que significa morir por sus convicciones. La mayoría temblamos al sólo imaginar el espectáculo sangriento de personas quemadas, ahogadas o hasta descuartizadas. Sin embargo, muchos testigos han descrito la extraordinaria paz de los mártires en sus últimos momentos.

En *The Chronicle of the Hutterian Brethren* (Crónica de la Hermandad Hutteriana), historia de la época de la Reforma que contiene relatos de muchos martirios, leemos sobre personas que marcharon a su muerte cantando con alegría. Uno de ellos, el joven Conrad, se mantuvo tan resuelto y tranquilo a punto de ser ejecutado que los espectadores dijeron que hubieran deseado no haberlo conocido jamás, así de incómodos les hizo sentir.

El martirio parece ser un final poco probable para la mayoría de nosotros. Rara vez somos llamados a defender nuestra fe ni siquiera verbalmente, y la idea de pagar por ella físicamente parece demasiado dramática. Aun así, nunca está de más pensar en la fe de aquellos que están dispuestos a sufrir por sus

No hay vida sin muerte

MIENTRAS TRABAJABA EN ESTE libro, dos dichos de Jesús en el Evangelio de San Juan ayudaron a profundizar mi entendimiento de la paz: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo. Pero si muere, produce mucho fruto”. Y este otro: “El hombre que ama su vida en esta tierra, la pierde, mas el que pierda su vida por mí, ganará vida eterna”.

Lo mismo que no hay paz duradera sin lucha, no hay vida verdadera sin muerte. Y ya que no enfrentamos una muerte inminente, perdemos de vista ese hecho importante. Se nos olvida que no podemos entender la paz de Jesucristo sin antes haber entendido su sufrimiento. Estar dispuesto a sufrir es importante, pero no es suficiente. El sufrimiento es algo que tiene que experimentarse. Como dijo mi padre en una ocasión: “Es decisivo para la vida interior haber tenido aunque sea una pequeña vivencia de sentirse abandonado por Dios”.

Para la mayoría, sentirse abandonado por Dios es algo negativo que nada parece tener que ver con la paz. Significa dolor, no placer; sufrimiento, no alegría; autosacrificio, no autopreservación. Significa soledad, abnegación, enajenación y miedo. Sin embargo, si queremos encontrarle significado a la vida, tenemos que ser capaces de descubrirlo en estas cosas. Como ha señalado el gran psiquiatra judío, Victor Frankl, el sufrimiento “no puede borrarse de la paleta de los colores de la vida. Sin el sufrimiento, la vida humana sería incompleta”.

La sabiduría de los necios

EN SU PRIMERA CARTA a los Corintios, el apóstol Pablo escribe: “Que nadie se engañe. Si alguno de ustedes se cree sabio según las normas de esta época, hágase ignorante para así llegar a ser sabio. Porque a los ojos de Dios la sabiduría de este mundo es locura”. (1 Corintios 3:18-19) Puede parecer que la sabiduría de los necios (y la necedad de los sabios) no tenga relación directa con la paz; sin embargo, ilumina, como tema bíblico central, un aspecto importante de nuestro libro. Si la paz de Dios no es paz como la da el mundo, entonces los que observan la sabiduría del mundo no pueden encontrarla, sino únicamente aquellos que abrazan la necedad de Dios.

A menudo se ridiculiza y descarta esa necedad en la práctica. La historia de Francisco de Asís viene al caso. Hoy día se le conoce sobre todo por las bonitas estatuas de jardín que ha inspirado—un monje inofensivo que escribió cantos al sol y fue amigo de los animales. Ahora bien, San Francisco no fue ningún palabritas mansas. Su alma apasionada le llevó a solidarizarse con los pobres al punto de renunciar no sólo a su herencia sino a la ropa que llevaba puesta. Tan intransigente al condenar la riqueza y la religión institucional fue su testamento que lo confiscaron y quemaron antes de que se aprobara la canonización de Francisco. Las pocas palabras que nos dejó revelan una profundidad de espíritu excepcional. Por trilladas que parezcan luego de tanta repetición, nos retan cada vez que las leemos:

La fuerza de la debilidad

A MENUDO HE PENSADO que el más difícil de los dichos paradójicos de Jesús es el versículo 4, capítulo 18, del evangelio de San Mateo, por lo menos en lo que se refiere a ponerlo en práctica. Allí Jesús llama a un niño, lo pone en medio de los discípulos y les dice: “Quien se haga pequeño, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos”.

Hacerse niño significa desaprender casi todo lo que enseña la sociedad para ayudarnos a ser adultos. Significa vencer la tentación de parecer fuertes. Significa estar preparados a que nos hieran en vez de protegernos. Significa reconocer que tenemos limitaciones y debilidades, y aceptarlas humildemente.

Jesucristo sanó a los enfermos, dio de comer a las multitudes, convirtió el agua en vino y anduvo sobre las aguas. Tenía a su disposición todas las fuentes del poder. Pero cuando lo arrestaron, cuando lo llevaron ante Pilato, cuando se burlaron de él, lo azotaron y lo crucificaron, rehusó defenderse. No escogió nacer en un palacio, sino en un pesebre. Cristo eligió la “debilidad” de la sumisión. Ésta es, tal vez, una de las llaves de su paz. Dorothy Day escribe:

Se nos manda vestirnos de Cristo, y pensamos en Él, en su vida privada, su trabajo, su vida pública, sus enseñanzas y su vida de sufrimiento; pero no pensamos lo suficiente en su vida cuando niño, cuando bebé, en lo indefenso que estaba, en su impotencia. Nosotros también tenemos que contentarnos con ese estado, con nuestra condición de no poder hacer nada, de no lograr nada.

IV. Puntos de apoyo

Es poco a poco que vamos adelantando.

CITADO POR DOROTHY DAY

Puntos de apoyo

Tan convencido estaba Thomas Jefferson de que la felicidad es un inalienable derecho humano que lo insertó en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, llamándolo una “verdad evidente”. Pero los cristianos tenemos esto que añadir: los que buscan la felicidad nunca la encuentran. Por ser tan elusivas la dicha y la paz, lo que llamamos felicidad es una ilusión, una quimera que desaparece tan pronto extendemos la mano para asirla. Dios no da la dicha y la paz a quienes las persiguen, sino a aquellos que lo buscan a Él y se empeñan en amar. La dicha y la paz se encuentran viviendo por el amor, y de ninguna otra manera.

J O H N S T O T T

POR DIFÍCIL QUE SEA aceptarlo, la presencia de paz en nuestras vidas tiene poco que ver con los esfuerzos que hacemos para alcanzarla. Es un hecho que, a veces, la paz elude a quienes más van en pos de ella, mientras que otros que tal vez ni la busquen se tropiezan con ella como si fuera por casualidad. A la misma vez, la Biblia contiene muchos versículos como el de 1 Pedro 3:11, que nos amonestan a apartarnos del mal, hacer el bien y seguir la paz aunque tengamos que correr tras ella.

Estamos ante un dilema: ¿debemos procurar la paz activamente o no? Ese dilema nunca se resolverá por completo. La paz es tema muy extenso y profundo, y a nadie ayudamos tratándolo con planteamientos generales. De nada vale tampoco soñar con soluciones grandiosas: “salvar a la humanidad”,

Sencillez

No es el propósito de la vida formar parte de la mayoría, sino evitar el contarse entre los dementes... Recuerda que hay un Dios quien no desea que los seres humanos creados en su imagen le alaben o glorifiquen; más bien desea que, guiados por el entendimiento que recibieron, se le asemejen en lo que hagan. La higuera es fiel a su propósito, así el perro, también las abejas. ¿Será posible, pues, que el hombre no cumpla con su vocación? Pero, ay, estas grandes y sagradas verdades se borran de la memoria. El desasosiego del diario vivir, las guerras, el miedo irreflexivo, la debilidad espiritual, y la servidumbre a las costumbres las ahogan.

M A R C O A U R E L I O

POR LO GENERAL, EL anhelo por la paz no emana de una noble busca de unión con Dios. Proviene de algo mucho más sencillo: de nuestro descontento con el ajetreo diario de la vida y el temor de que—como dice Marco Aurelio—nos estemos volviendo locos. Nuestra cultura se distingue por su frenesí. Nos obsesionan, dice Thomas Merton, la falta de tiempo y de espacio, el afán de ahorrar tiempo, conquistar el espacio y hacer conjeturas acerca del futuro. Nos preocupamos por “tamaño, volumen, cantidad, velocidad, número, precio, poder y aceleración”. Vivimos “en los tiempos sin espacio, que son los tiempos finales”.

Se nos cuenta por millones de millones; se nos amontona, organiza, cataloga; se nos marcha de aquí a allá, se nos cobra impuestos, se nos adiestra y

Silencio

La lengua es nuestra arma más poderosa y como tal la manejamos. Fluye de nosotros un torrente de palabras porque nos encontramos en constante proceso de ajustar nuestra imagen pública. Hablamos para rectificar la manera como otros nos juzgan porque tememos la opinión que—imaginamos—se han formado de nosotros. Si he cometido algún mal (o algún bien y pienso que tú puedas interpretarlo mal) y me entero de que ya lo sabes, me tentaré el ayudarte para que comprendas mi acción.

Entre todas las disciplinas del Espíritu, el silencio es una de las más profundas porque le pone coto a toda autojustificación. Uno de los frutos del silencio es la libertad de dejar que Dios sea quien nos justifique. No hace falta que nosotros corriamos a los demás.

RICHARD J. FOSTER

LA INCAPACIDAD DE QUEDARNOS callados es uno de nuestros mayores obstáculos a la paz. Por cada vez que decidimos quedarnos callados y no entremeternos en asuntos ajenos, hay otra en la que nos inmiscuimos y tenemos algo que decir. Constantemente nos privamos de paz porque nos metemos donde no se nos ha llamado. Comentamos. Chismeamos. Y nos olvidamos de que se nos juzgará por cada palabra vana que pronunciamos. Podría parecer que el silencio “no es gran cosa” comparado con otros aspectos de la paz de que trata este libro. El escritor Max Picard observa que el silencio “es ajeno al mundo de la ganancia y de la utilidad. No se le puede sacar provecho, es improductivo;

Entrega

Las dificultades no deben deprimir ni desviarnos. Es tan grande la causa que se ha posesionado de nosotros, que las pequeñas debilidades individuales no pueden destruirla. Por lo tanto, te pido una sola cosa: no te preocupes tanto por ti mismo. Despréndete de todos tus planes y de tus metas. Te ocupan demasiado. Entrégate al sol, a la lluvia y al viento, como lo hacen las flores y las aves. Entrégate a Dios. No desees nada, excepto una sola cosa: que se haga su voluntad, que venga su Reino y que su esencia sea revelada. Entonces, todo estará bien.

E B E R H A R D A R N O L D

LA MEJOR GARANTÍA DE no tener ninguna tranquilidad es enfocarnos constantemente en nosotros mismos. Es verdad que, para examinar la raíz de nuestra zozobra, debemos mirar hacia adentro, discernir nuestros motivos, hacernos preguntas que hemos callado por miedo a tener que contestarlas; pero, detenernos ahí es la muerte. Fijarse hacia adentro no es lo mismo que fijarse en Dios. Una vez que sopesemos nuestros problemas, entreguémoselos a Dios y sigamos adelante. Cuanto antes lo hagamos, más pronto tendremos la paz.

Hay quienes tienden constantemente a observarse a sí mismos, como si estuviesen ante un espejo, lo que les causa tensión innecesariamente. Otros, menos atentos a su estado interno, también viven en tensión porque no pueden olvidarse de sus viejas heridas. Para éste, el resentimiento es latente; para aquél, un deseo insatisfecho o una frustración aún insuperada.

Oración

El efecto de la oración es la unión con Dios. Si alguien está con Dios, está separado del enemigo. Por medio de la oración guardamos nuestra castidad, dominamos nuestro genio y nos liberamos de la vanidad. Nos hace olvidar injurias; vence la envidia, derrota la injusticia y trata de remediar el daño que causa el pecado.

Por medio de la oración se logran el bienestar físico, un hogar feliz y apacible, y una sociedad fuerte y ordenada. La oración escuda al viajero, protege al que duerme y da ánimo a los que velan. Te refrescará cuando estés cansado y te consolará cuando estés triste.

La oración es el deleite de los alegres y el consuelo de los afligidos. Es la intimidad con Dios y la contemplación de lo invisible. La oración es el goce de las cosas del presente y la sustancia de las cosas por venir.

G R E G O R I O D E N I S A

HAY MOMENTOS CUANDO NADA puede darnos paz, salvo la oración. Aunque nos esforcemos por alcanzar la sencillez y el silencio, y por desprendernos de todo lo que nos causa intranquilidad, fuera o dentro de nosotros, aun así es posible que nos quedemos con un vacío por dentro que sólo Dios puede llenar. Y ya que Él no pasa a nuestros corazones si no lo invitamos, tenemos que pedirle que entre.

En el Salmo 130, uno de mis favoritos, las palabras “desde lo profundo grito a ti, Jehová”, nos aclaran cómo debemos orar en los tiempos difíciles. Pensándolo bien, reflejan el espíritu en que debemos volvernos hacia Dios

Confianza

*Confía en el médico, y toma su remedio
en silencio y serenidad,
Porque su mano, aunque dura y pesada,
Es guiada por la tierna mano del Invisible,
Y la copa que ofrece, aunque queme tus labios,
Fue formada del barro que el Alfarero
Humedeció con sus propias lágrimas divinas.*

K A H L I L G I B R Á N

DESDE MUY JOVEN SE nos enseña que confiar es peligroso, y hasta cierto punto es así. Confiar significa arriesgarse. Confiar significa dar al otro el beneficio de la duda; exige estar dispuesto a hacerse vulnerable; significa saber que nuestra seguridad viene de un poder superior, que nuestra paz no depende de que lo tengamos todo bajo nuestro control. Confiar es rendirse a Dios por medio de la fe.

Contrario al sentir popular, confianza no es credulidad. No se trata de vivir impasible y contento, confiando en que todo marcha bien. Esa clase de “confianza” sería suicida en el ambiente de hoy. No obstante, las alternativas—ansiedad, desconfianza, sospecha—son igualmente mortíferas. Según señala el escritor menonita Daniel Hess:

Es cierto que muchos trabajadores tienen seguro de enfermedad, que la semana laboral de cuarenta horas les deja tiempo para descansar, y algunos

Perdón

Un rabino les preguntó a sus estudiantes: “¿Cuándo, al amanecer, puede distinguirse la luz de la oscuridad?” Uno de ellos respondió: “Cuando puedo distinguir un chivo de un burro”. “No”, contestó el rabino. Otro dijo: “Cuando puedo distinguir una palmera de una higuera”. “No”, volvió a contestar el rabino. “Entonces, ¿cuál es la respuesta?” insistieron los estudiantes. “Cuando en la cara de cada hombre o mujer que mires, ves a tu hermano y a tu hermana”, dijo el rabino. “Recién entonces habrás visto la luz. Todo lo demás sigue siendo oscuridad”.

C U E N T O H A S Í D I C O

DADA NUESTRA NATURALEZA HUMANA, es una gracia si podemos ver al hermano o la hermana en cada persona que encontramos. Incluso nuestras relaciones con personas muy allegadas se empañan de vez en cuando—a menudo por nimiedades. Estar verdaderamente en paz con los demás requiere un esfuerzo. A veces se trata de ceder; otras veces, de ser franco. Hoy nos faltará la humildad de quedarnos callados; mañana el coraje de confrontar las cosas y de hablar con franqueza. Sin embargo, hay una cosa que no cambia: si queremos que haya paz en nuestras relaciones con otros, tenemos que estar dispuestos a perdonar una y otra vez.

En algún momento u otro, cada uno de nosotros ha sido herido, y cada uno ha herido a otros. Por lo tanto, tal como todos tenemos que perdonar, todos necesitamos que se nos perdone. Sin el perdón, no encontraremos la paz.

Gratitud

Vive tu vida de tal manera que el miedo a la muerte no entre nunca en tu corazón. Cuando te levantes por la mañana, da gracias por la luz del alba. Da gracias por tu vida y por tu fuerza. Da gracias por tu comida y por la alegría de vivir. Y, si acaso no ves razón para dar gracias, puedes estar seguro de que la culpa es tuya.

ATRIBUÍDO AL CACIQUE TECUMSEH

EL MÍSTICO ALEMÁN MEISTER Eckhart dijo una vez que, si la única oración que jamás hiciéramos fuera decir “gracias”, aun así sería suficiente. Si aplicamos su consejo superficialmente, podría resultar bastante fácil seguirlo. Pero darle las gracias a Dios de todo corazón por todo lo que Él nos da, y vivir cada día en un espíritu de gratitud, es tarea para toda la vida.

¿Qué quiere decir “ser agradecido”? Escribe Henri Nouwen:

Es fácil dar gracias por las cosas buenas que nos pasan en la vida, pero ser agradecido por todo lo que nos pasa—lo bueno y lo malo, los momentos de alegría así como los momentos de tristeza, los éxitos así como los fracasos, las recompensas así como los rechazos—eso exige un duro trabajo espiritual. Sin embargo, sólo cuando podemos decir “gracias” por todo lo que nos ha traído hasta el presente, seremos personas agradecidas en verdad. Mientras sigamos dividiendo la vida entre ocasiones y personas que nos agrada recordar, por un lado, y por el otro aquellas otras que preferimos olvidar, no podemos aspirar a la plenitud de nuestro ser, que es un don de Dios por el cual le debemos las gracias.

Honradez

Te creías indiferente al elogio por éxitos que tú mismo no habrías estimado como tuyos; o que, si hubieses sentido la tentación de sentirte halagado, siempre habrías recordado que el elogio recibido sobrepasaba por mucho lo que los hechos justificaban. Te creías indiferente— hasta que sentiste el brote de tus celos ante los ingenuos intentos de otro por “hacerse el importante”, y quedó expuesta tu vanidad.

Respecto a la dureza del corazón y su mezquindad, quisiera leer con los ojos abiertos el libro que mis días están escribiendo—y aprender.

D A G H A M M A R S K J Ö L D

SI ALGUIEN ME PIDIESE escoger lo que, en esencia, más se necesita para tener paz interior, probablemente diría que es la honradez. Que se interprete como veracidad en un sentido general, como el conocimiento del propio ser, o como el valor de llamar al pan pan y al vino vino, ser probo es premisa fundamental para la paz. Podemos esforzarnos y luchar hasta el último aliento para lograr la paz, pero no la encontraremos si no estamos dispuestos a exponernos a la clara luz de la verdad. La falta de honradez es uno de los mayores obstáculos en el camino hacia la paz, porque nos impide encontrar la justa y firme base sobre la cual apoyar nuestra búsqueda.

No me impresionan los que por fuera viven conforme a las normas del mundo, y por dentro viven su propia vida personal. Cuando llega el punto en

Humildad

Cristo murió para evadir el poder, mientras los seres humanos viven para desplegarlo. El poder es la trampa más grande de todas. ¡Cuán terrible es el poder en todas sus manifestaciones—la voz alzada para dar un mando, la mano extendida para agarrar, los ojos ardientes de deseo! Mejor sería repartir el dinero, disolver las organizaciones, acostarse separados los cuerpos. No hay paz ninguna, si no es en alzar la vista por encima del tiempo hacia el más allá—como el que desde la cima de una montaña observa un paisaje lejano.

MALCOLM MUGGERIDGE

DE TODOS LOS ESTRIBERONES que llevan a la paz, puede que la humildad sea el más difícil de reconocer. Humildad no sólo es docilidad o mansedumbre, sino que exige vulnerabilidad, disposición a ser herido. Consiste en estar contento de pasar desapercibido, de ser el último, el que menos recibe. La humildad no ofrece nada según la paz que da el mundo.

No fue coincidencia que la buena nueva del nacimiento de Jesucristo—“Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”—se haya anunciado primero a los pastores. Tan contrario a la razón humana considera el mensaje de Cristo la gente adinerada, culta e instruida, que le resulta difícil acogerlo; en palabras de John O’Connor, el ya difunto cardenal de Nueva York: “El mensaje de Cristo es lo opuesto a todo lo que nos enseña el mundo acerca de poder y de gloria, de éxito, riquezas y prestigio”.

Obediencia

Se nos acerca como un desconocido—sin nombre—como antaño, en la orilla del lago, se acercó a los que tampoco lo conocieron. Nos dirige las mismas palabras: “Tú, ¡sígueme!”, y nos encarga las tareas que quiere que realicemos. Él manda, y a los que le obedecen, sean sabios o simples, se revelará a sí mismo en las labores, en los conflictos y sufrimientos que atravesarán en su compañía—y como un misterio inefable, aprenderán por su propia experiencia quién es.

ALBERT SCHWEITZER

COMO PASTOR, MI PADRE era muy reservado en el uso del lenguaje religioso, pero nunca vaciló en usar la Biblia para ilustrar un punto y para enseñarnos a nosotros, sus hijos, una verdad importante. Cada vez que Papá habló de compasión, se refirió a la historia de Jesús y la mujer al lado del pozo; cuando habló de convicción, citó las palabras de San Juan en el libro del Apocalipsis, donde Dios vomita de su boca a los tibios. Para ilustrar la importancia de la obediencia, usaba el pasaje donde Jesús manda a sus discípulos a buscar un potro:

Cuando Jesús pidió a aquellos dos que fueran a traerle un potro, en el mundo entero no tuvieron tarea más importante que ir a traerlo. Alguien podría haber dicho: “Ustedes han sido llamados a cosas más grandes. ¡Cualquiera puede ir a buscar un asno!” Pero en ese momento la cosa más importante fue ir a buscar el asno para Jesucristo. Yo quisiera, para mí y para cada uno de nosotros, que cumpliéramos cada tarea que Dios nos encarga, grande o pequeña, con la misma diligencia. No hay nada más grande que obedecer a Cristo.

J. HEINRICH ARNOLD

Decisión

A menos que se exija un paso concreto, el llamado se desvanece, y si la gente se imagina que pueden seguir a Jesús sin dar ese paso, se engañan a sí mismos como unos fanáticos. Pedro no puede realizar su propia conversión, pero, eso sí, puede abandonar sus redes.

D I E T R I C H B O N H O E F F E R

AL HABLAR CON LOS hombres y mujeres que han contribuido a este libro con sus experiencias, resalta un elemento en común: la importancia que tuvo el libre albedrío en su búsqueda por la paz. La paz es gracia, pero también es perla de gran valor”, y la acción de ir en su búsqueda y vender todo lo que uno tiene para conseguirla, debe ser precedida, en cada caso, por una decisión.

Nos dice Viktor Frankl que estar en paz consigo mismo significa estar exento de tres cosas: los instintos o la “naturaleza inferior”, las características hereditarias o la predisposición, y el medio ambiente.

Desde luego que el ser humano posee instintos, pero esos instintos no deben poseerlo a él. En cuanto a herencia, las investigaciones han demostrado cuán alto es el nivel de libertad del ser humano frente a su predisposición. En lo que se refiere al medio ambiente, sabemos que el ambiente no hace al hombre, sino que todo depende de lo que el hombre haga de su ambiente, de la actitud que adopte.

Por lo tanto, el ser humano no es un mero producto de la herencia y del medio ambiente. Hay algo más: sus decisiones. En última instancia, el ser humano decide por sí mismo. Y finalmente, la educación tiene que consistir en educar la capacidad de decidir.

Arrepentimiento

El ser humano, caído desde que cayera Adán, no es simplemente una criatura imperfecta que necesita rehabilitarse: es un rebelde que tiene que deponer sus armas. Deponer las armas, rendirse, darse cuenta de haber errado el camino y disponerse a comenzar la vida de nuevo, ésa es la única forma de salir de un pozo. Ese proceso de entregarse, a todo dar en marcha atrás, es lo que los cristianos llaman arrepentimiento.

C . S . L E W I S

“**¡ARREPENTÍOS, PORQUE EL REINO** de los Cielos está cerca!” Pocos versículos de la Biblia son tan bien conocidos como éste; no obstante, generaciones de cristianos han evadido su reto con el mismo celo con que han repetido esas palabras. Una cosa es ser humilde, manso y bondadoso. Pero, ¿tener remordimientos? ¿admitir fallas cometidas y llorar por ellas? ¿arrepentirse? Por severo que parezca, no hay paz sin arrepentimiento. Así como el sufrimiento de Cristo en la cruz carece de sentido mientras nos rehusamos a sufrir con Él, su resurrección contiene una promesa únicamente si estamos dispuestos a ir a la tumba con Él. Sin muerte, no hay nueva vida.

Arrepentimiento significa la muerte del viejo “yo”, del “viejo Adán”. Significa darle la espalda a la corrupción de un mundo caído; significa colocarse voluntariamente y de buena gana bajo la luz de Dios, quien ve los secretos más íntimos del corazón. Cuando una persona se arrepiente, su corazón de piedra se convierte en un corazón de carne, y cada pensamiento, cada emoción se transforma. La actitud de esa persona ante la vida misma cambia.

Convicción

El mero hecho que tantas cosas están en conflicto, no significa que debemos estar divididos nosotros. Y, no obstante, se nos dice, ya que vivimos en un mundo en conflicto, adaptémonos a él. Por extraño que parezca, los que más propugnan esta idea tan anticristiana son los supuestos cristianos mismos.

¿Cómo podemos creer en el triunfo de la justicia, si ya casi nadie está dispuesto a sacrificarse por una causa justa? Últimamente tuve que pensar mucho en un relato del Antiguo Testamento. Moisés se mantuvo de pie, con los brazos en alto, todo un día y toda una noche, implorando a Dios que diera la victoria a los israelitas. Cada vez que bajaba los brazos, la batalla se inclinaba en favor del enemigo. ¿Habrá todavía gente que no se canse de dirigir todos sus pensamientos y todas sus energías, de todo corazón, hacia una sola causa?

S O P H I E S C H O L L

A LOS VEINTIÚN AÑOS de edad, Sophie Scholl no era una muchacha alemana común y corriente. La decapitaron en febrero de 1943 a ella y a sus compañeros, por formar parte de un pequeño grupo de estudiantes de la universidad de Munich, que redactaban, imprimían y distribuían propaganda contra el gobierno nacionalsocialista. Lo llamaron “La Rosa Blanca”. Sophie tampoco era como el común de los activistas. Su hermana Inge, autora del libro “La resistencia de la Rosa Blanca”, recuerda la extraña paz que rodeaba a Sophie; en sus momentos más oscuros era como si Cristo estuviese a su lado, guiándola y dándole fuerza.

Realismo

Tengamos la paciencia y el ánimo de comenzar de nuevo día a día, y confiemos en la ayuda de Dios, cuya misericordia se renueva cada mañana. Entonces comprenderemos que la vida es cuestión de cambiar y madurar, y que debemos prepararnos para cosas mucho más grandes. Tenemos que luchar contra las fuerzas de la oscuridad, pero la victoria será nuestra porque en Cristo todo mal queda vencido. Siempre estaremos al comienzo de la búsqueda, porque nos hallamos en un proceso continuo de cambios; pero en la fe encontraremos la realización de todos nuestros anhelos.

EBERHARD ARNOLD

SIN EL PERDÓN Y sin la posibilidad de recomenzar cada día, tal vez sintamos la tentación de abandonar la búsqueda por la paz, y considerarla fútil. Sin duda, la conversión puede transformarnos en nuevos hombres y mujeres, y la oración, la humildad, el arrepentimiento nos mantendrán en el camino recto. Pero al mismo tiempo, una vez reconozcamos que somos imperfectos, debemos templar nuestro anhelo de paz. A menos que nos resignemos a que la imperfección humana es una realidad y nos volvamos hacia Jesucristo—el único hombre sin pecado—siempre estaremos frustrados.

Art Wisser, un viejo amigo mío, miembro de nuestra iglesia, me escribió hace poco lo siguiente:

Me preguntas si tengo paz, y debo contestar que no, que no estoy en paz. Cuando hago algo mal y alguien me lo señala, primero me agito y, a menu-

Servicio

La verdadera alegría de vivir es ésta: consumirse en un propósito que uno mismo reconoce como grande; ser una fuerza de la naturaleza en vez de un manojó de aflicciones y quejas porque el mundo no se dedica a darme felicidad.

Soy de la opinión que mi vida pertenece a los demás y que, mientras viva, es mi privilegio hacer por ellos lo que pueda. Cuando muera, quiero estar completamente gastado, porque cuanto más duro trabaje, más vivo estaré...

La vida, para mí, no es una breve vela de encender. Más bien es una brillante antorcha que, por un momento, tengo en mis manos, y quiero dejarla brillar intensamente antes de pasarla a futuras generaciones.

GEORGE BERNARD SHAW

DE TODO CUANTO NOS causa desasosiego, el egoísmo es lo más común, que se manifieste en lo íntimo de nuestro ser o en nuestras relaciones con otros o con el mundo en general. Pudiera ser también la causa más difícil de extirpar. Es posible tratar de modo bastante directo los conflictos que surgen por arrogancia, desconfianza, enojo o resentimiento; por lo general podemos descubrir su causa y superarla. Pero el egoísmo lo llevamos por dentro; parece pasar inadvertido, pero es tan activo y está tan bien arraigado que determina nuestra actitud ante la vida entera.

A veces, el egoísmo toma la forma de un pecado evidente, como la concupiscencia y la avaricia. En otros casos, como el exagerado afán por la felicidad o

V. La vida abundante

*Miramos a la vida y no podemos
desenredar la eterna canción:
Aros y nudos de alegría y tristeza
atados todos y entrelazados.*

E L R A M A Y A N A

La vida abundante

JAMÁS ALCANZAREMOS UN PERFECTO estado de paz—nunca lo alcanzaremos de una vez por todas. Por más cuidado que tengamos al pisar cada estriberón para cruzar la corriente de agua, seremos los mismos de antes en la orilla opuesta.

Con todo, no cabe duda de que, una vez conocemos la paz en nuestro fuero interno, se nos abre una nueva dimensión de la vida. Esa nueva dimensión abarca mucho más que un estado de serenidad. Es la nueva existencia que prometió Jesús cuando dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia”.

De los muchos que contribuyeron a este libro, hubo quienes me dijeron que ese versículo del evangelio de San Juan, más que nada, fue lo que los puso en camino. Agregaron que buscar la paz—así, como si fuera un fin en sí mismo, como quien dice: “Bien, ya estoy en paz. ¿Y ahora, qué?”—es un ejercicio egoísta, ni más ni menos.

En cuanto a las palabras “vida en abundancia”, muchos dijeron que son las palabras que mejor describen lo que buscan—y no sólo para sí mismos: vivir en libertad y alegría, y en compromiso de responsabilidad, compasión, justicia y unidad. No se trata de una vida sin lágrimas ni sufrimiento, sino una vida en la cual el pesar también encuentra su sitio dentro del majestuoso marco que es el futuro Reino de Dios, donde reinará la paz perfecta.

Seguridad

A mi entender, Dios no quiere que finjamos en cuanto al miedo— que lo neguemos o le quitemos toda sustancia. El miedo nos recuerda que somos criaturas frágiles, vulnerables, completamente dependientes de Dios. Pero no debe dominarnos, gobernarnos, determinarnos. Más bien, el miedo debe someterse a la fe y al amor. De lo contrario, puede volvernóos incrédulos, serviles e inhumanos.

Conozco bien ese conflicto: contener mi temor, rechazar su férula, reconocer que el temor sólo tiene en cuenta las apariencias, mientras que la fe y el amor miran la esencia, la realidad, la jurisdicción de Dios, y nos conjuran, por decirlo así, con un: “¡Cobrad ánimo; yo soy, no temáis!”

PHILIP BERRIGAN

CONOCÍ A LA MADRE Teresa y dos veces tuve el privilegio de encontrarme con ella. Su serena seguridad me llamó la atención en ambas ocasiones. La Madre Teresa ya pasó a la historia, y fue, antes que nada, por su trabajo con los abandonados y con los moribundos de Calcuta que se le recuerda. Mereció el reconocimiento que se le ha dispensado, pero cualquiera que haya pasado tiempo en servir a los pobres sabe que las buenas obras de por sí no brindan satisfacción. En verdad, muchos sólo cosechan frustración y agotamiento como recompensa por sus esfuerzos. Porque la Madre Teresa se sentía segura de su llamado y de su lugar en la vida, su serenidad estaba arraigada en algo más profundo que su labor.

Entereza

¿Cómo no vamos a perder nuestras almas, cuando todo y todos nos tiran en diferentes direcciones? ¿Cómo podemos preservar nuestra entereza, cuando constantemente estamos fraccionados?

Jesucristo dice: “Pero no perderá ni un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”. (S. Lucas 21:18-19) Podemos sobrevivir en este mundo sólo si confiamos en que Dios nos conoce más íntimamente que lo que nos conocemos nosotros mismos. Podemos mantener nuestra entereza sólo si creemos que es Dios quien nos mantiene. Sólo podemos ganar nuestras vidas si perseveramos en la seguridad de que la más mínima parte de nosotros—cada uno de nuestros cabellos—está completamente seguro en el abrazo divino de nuestro Señor. O, dicho de otro modo: no tenemos nada que temer si somos constantes en nuestra vida espiritual.

H E N R I N O U W E N

POR MÁS QUE LA búsqueda por la paz parezca ser algo particular a cada uno de nosotros, un hilo común las conecta todas. En mayor o menor grado, todo el mundo se encuentra en camino hacia la entereza. Hay quienes dirán que buscan la paz de su fuero interno; otros, un corazón sosegado. Éstos buscan hermandad; aquéllos, la armonía mundial. En el fondo, lo que motiva toda esa búsqueda es el sentido de la fragmentación de la vida y el deseo de superarla.

Un buen amigo, Charles Headland, me dijo una vez que lo que le llevó a buscar paz fue el fraccionamiento de su vida. Era contador de una importante

Alegría

No poseo nada que ustedes no tengan ya, pero hay mucho que pueden tomar y que yo no puedo darles. No podemos recibir el cielo mientras nuestros corazones no descansen en el presente. ¡Reciban el cielo! No hay paz en el futuro que no esté con nosotros ya en secreto. ¡Reciban la paz! La tristeza del mundo no es más que una sombra; tras ella, al alcance de la mano, está la alegría. ¡Reciban la alegría!

Hay resplandor y gloria en la oscuridad, si sólo pudiéramos verlos, y para ver tan sólo basta mirar. Les ruego que miren. La vida es muy generosa en dar, pero nosotros juzgamos sus dones por la envoltura y los deseamos por feos, pesados o duros. Quiten la envoltura, y encontrarán debajo un vivo esplendor, tejido de amor, de sabiduría, y de poder. ¡Denle la bienvenida, agárrenlo! Tocarán la mano del ángel que se los trae.

Créanme: en todo lo que llamamos “prueba”, “pena” o “deber”, está la mano del ángel; están también el don y el milagro de una presencia que eclipsa todo. Lo mismo con nuestras alegrías: ¡No se den por satisfechos con meras alegrías: éstas también ocultan dones divinos!

Así pues, por ahora, les saludo—no con el saludo que ofrece el mundo sino con mi profundo aprecio y con el ruego, ahora y siempre, que Dios haga huir las sombras y haga amanecer el día sobre ustedes.

F R A G I O V A N N I

Acción

El tiempo, de por sí, es neutral; puede usarse destructiva o constructivamente. Me parece, cada día más, que la gente de mala voluntad hace uso mucho más eficiente del tiempo que la gente de buena voluntad. Nuestra generación tiene que arrepentirse, no sólo de las palabras y acciones odiosas de gente mala, sino del terrible silencio que guarda la buena. El progreso humano nunca llega sobre las ruedas de lo inevitable; viene gracias al inagotable esfuerzo de hombres y mujeres dispuestos a ser colaboradores de Dios. Sin esa ardua labor el tiempo mismo se convierte en aliado de las fuerzas del estancamiento.

MARTIN LUTHER KING, JR.

SI A ESTAS ALTURAS algo debe haber cristalizado en la mente del lector, es lo siguiente: la paz puede incluir calma y reposo, pero nunca es sinónimo de inactividad. Las palabras de San Agustín: “Mi corazón no encuentra descanso hasta que descansa en Ti”, contiene una profunda verdad. Pero, ¿qué quiere decir: “descansar en Dios”? ¿Es complacencia?, ¿pasividad?

El don de la paz es la respuesta a un anhelo, a una inquietud; pone fin al desgaste que causan la duda y el pecado. Es entereza y cura. Pero, amén de todo esto, la paz es un llamado a la acción y a una nueva vida. Se puede encontrar la paz en la oración y meditación, pero no debe detenerse ahí. Acarrea nuevas obligaciones y nueva energía; trae consigo nueva creatividad. Como el grano en suelo fértil, germina silencioso, invisible, pero luego brota con vitalidad, se abre, florece y, al fin, da fruto.

